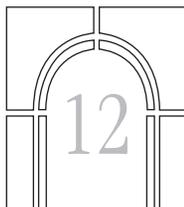

Cómo citar este artículo: Osses Rivera, S.L. (2015, Julio-Diciembre). Cincuenta años de Radio Comunitaria en Colombia. Análisis sociohistórico (1945-1995). *Rev. Cient. Gen. José María Córdova* 13(16), 263-283



Cincuenta años de Radio Comunitaria en Colombia. Análisis sociohistórico (1945-1995)*

Recibido: 15 de mayo de 2015 • Aceptado: 5 de julio de 2015

Fifty Years of Community Radio in Colombia (1945-1995)

Cinquante ans de radio communautaire en Colombie (1945-1995)

Cinquenta anos de rádio comunitária na Colômbia (1945-1995)

Sandra Liliana Osses Rivera ^a

* Artículo de investigación asociado al proyecto “Nuevos sentidos de lo comunitario: La Radio Comunitaria en Colombia” realizado para optar al grado de Maestra en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FlacsoSede México, México, D.F.

^a Comunicadora Social de la Universidad Javeriana, Maestra en Ciencias Sociales de Flacso, Sede México y Doctora en Ciencias Políticas con orientación en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM. Delegada de la Ministra de Cultura en el Consejo Nacional de Medios de Comunicación Ciudadanos y Comunitarios.

Resumen. Bajo el nombre de Radio Comunitaria se agrupan experiencias de diversa índole que se insertan en contextos urbanos y rurales de Colombia, caracterizados por altos niveles de marginación y exclusión de las dinámicas sociales, económicas, políticas y culturales del país. Se trata de cientos de experiencias que son mucho más que un simple correlato de la situación de violencia, desigualdad y crisis generalizada que hoy protagoniza este país. Pensar la Radio Comunitaria como proceso histórico y social fue el primer paso de una investigación que se propuso contestar el interrogante de ¿Cómo se ha transformado la definición y el sentido de lo comunitario en la Radio Comunitaria en Colombia, desde sus antecedentes hasta su actual resurgimiento? En el presente artículo presentamos los resultados del análisis sociohistórico realizado en el marco de un trabajo más amplio. La periodización propuesta obedece a las dinámicas que marcaron las rupturas y continuidades en las concepciones prevalecientes desde la década del cincuenta, en la que surge *Radio Sutatenza* como primer referente histórico de la Radio Comunitaria en Colombia, hasta su “resurgimiento” en la primera mitad de la década de los noventa.

Palabras claves: alfabetización, medios de comunicación, radio comunitaria, violencia.

Abstract. Under the name of Community Radio, experiences of various kinds are getting together in order to understand the urban and rural contexts in Colombia that are inserted in urban and rural contexts from Colombia, which are characterized by high levels of marginalization and exclusion from social, economic, political and cultural dynamics of the country. It is hundreds of experiences that are much more than just a correlate of the violence, inequality and widespread crisis currently stars in this country. Think Community Radio as a historical and social process was the first step in a proposed research to answer the question of how the definition has changed and the sense of community in community radio in Colombia, from its beginnings to its current resurgence? In this paper we present the results of socio-historical analysis in the context of a larger work. Periodization proposal responds to the dynamics that marked the ruptures and continuities in the prevailing conceptions from the fifties, which arises Sutatenza Radio as the first historical reference of community radio in Colombia, until his “resurgence” in the first half of the nineties.

Keywords: community radio, literacy, media, violence.

Résumé. Sous le nom d'expériences de radios communautaires de toutes sortes qui sont insérés dans les zones urbaines et des contextes ruraux Colombie, caractérisés par des niveaux élevés de marginalisation et l'exclusion de dynamiques sociales, économiques, politiques et culturelles du pays où ils sont regroupés. Il est des centaines de des expériences qui sont beaucoup plus que juste un corrélat de la violence, les inégalités et la crise généralisée stars actuellement dans ce pays. Pensez radio communautaire comme un processus historique et social a été la première étape d'un projet de recherche pour répondre à la question de savoir comment la définition a changé et le sens de la communauté dans la radio communautaire en Colombie, depuis ses débuts jusqu'à sa résurgence actuelle? Dans cet article, nous présentons les résultats de l'analyse socio-historique dans le contexte d'un plus grand travail. Proposition de périodisation répond à la dynamique qui ont marqué les ruptures et les continuités dans les conceptions dominantes des années cinquante, qui se pose Sutatenza Radio comme la première référence historique de la radio communautaire en Colombie, jusqu'à sa «résurgence» dans la première moitié de les années nonante.

Mots-clés: alphabétisation, communication, médias, radio communautaire, violence.

Resumo. Sob o nome de experiências de rádio comunitária de vários tipos que são inseridos em zonas urbanas e os contextos rurais Colômbia, caracterizadas por altos níveis de marginalização e exclusão de dinâmicas sociais, econômicas, políticas e culturais do país são agrupados. É centenas de experiências que são muito mais do que apenas um correlato da violência, a desigualdade ea crise generalizada atualmente protagoniza este país. Pense Rádio comunitária como um processo histórico e social foi o primeiro passo para um projecto de investigação para responder à questão de como a definição mudou eo senso de comu-

nidade em rádio comunitária na Colômbia, desde seus primórdios até seu ressurgimento atual? Neste artigo apresentamos os resultados da análise sócio-histórica no contexto de um trabalho maior. Periodização proposta responde à dinâmica que marcaram as rupturas e continuidades nas concepções prevaletentes dos anos cinquenta, que surge Sutatenza Radio como a primeira referência histórica da rádio comunitária na Colômbia, até o seu “ressurgimento” no primeiro semestre de década de noventa.

Palavras-chave: alfabetização, meios de comunicação, rádio comunitária, violência.

Radio Sutatenza: un medio efectivo para el proyecto modernizador

Entre 1945 y 1965 Colombia presencia un conflicto político que tiene su escenario más vivo en las zonas rurales colombianas. La Violencia, nombre propio que ha asumido esta etapa, tuvo consecuencias trágicas de las que puede dar cuenta la cifra de aproximadamente 300 mil muertos como saldo, y se encuentra aún presente como un eco persistente en la vida política y social del país. Este periodo ha merecido múltiples intentos de explicación. Un acercamiento muy lúcido a la época de La Violencia y sus consecuencias se encuentra en la interpretación de Daniel Pécaut en *Orden y Violencia* en la que sustenta una hipótesis, entre otras, que para nuestro estudio concreto es central. Se trata de que la constitución de lo social en Colombia no respondió ni a una imposición hecha desde arriba por el Estado, ni a una construcción de unidad en el seno mismo de lo social, sino que más bien se ha formado desde la desarticulación constante de la acción de la sociedad instrumentada constantemente por la violencia. En este análisis se evidencia la fragilidad de un Estado que no logró erigirse con la autoridad y la legitimidad para garantizar la integración social y su control, frente a una consolidación de los partidos políticos dentro de un esquema bipartidista (liberal-conservador) que funda la concepción de la política en el esquema amigo-enemigo e intenta reiteradamente someter a la categoría de política una realidad social que se niega a ser desconocida.

Los hechos que se dan en el panorama político y social que originan La Violencia, marcan cambios que van a ser fundamentales en el desarrollo posterior de la realidad Colombiana. Al interior del Partido Liberal, siempre más centrado en una mirada progresista del país con fraccionamientos a su interior tendientes a la izquierda, surge un caudillo que logra establecer una opción que se proyectaba hacia la posibilidad de quebrar la tradición bipartidista: Jorge Eliécer Gaitán. La importancia de la figura de Gaitán tiene múltiples vetas de la que nos interesa una en especial: el logro, por primera vez en la política colombiana, de acercar los dirigentes a los dirigidos, ya que marca el surgimiento de movilizaciones sociales en el seno de las comunidades urbanas y rurales del país. Este líder, tal como lo afirma Braun: “condujo al pueblo hasta la mitad de camino, entre una vida de exclusión del quehacer político, a una existencia en la cual de alguna manera, participaba en la vida pública. Gaitán había sido la expresión de una alternativa” (Braun, S.f., p. 242). Sin embargo, su asesinato el 9 de abril de 1948 significó para sus seguidores una gran desesperanza y un retorno al pasado y el dolor se tradujo en un episodio violento: “El Bogotazo”. Ese día la gente de todo tipo, hombres y mujeres de todas las clases sociales se volcaron a las calles y ajusticiaron al asesino, destruyeron la ciudad, saquearon los locales comerciales, incendiaron edificios públicos, profanaron símbolos religiosos, dieron curso al odio colectivo. Un odio que se expandió a los campos y se convirtió en La Violencia:

[...] el tradicional sistema bipartidista perdía su futuro. Estaba caduco. Sin proyecciones democratizantes, lo único que quedaba para movilizar y desmovilizar al pueblo era la violencia, la cual es el método del último recurso en la historia. (Pécaut, 1987, 261)

Contradictoriamente La Violencia desencadenó una solución efectiva al conflicto incontrolable, por parte de los partidos tradicionales. Liberales y conservadores se vieron obligados, después de recuperar sus fuerzas, a realizar diferentes pactos que restablecían la distancia entre las élites políticas y el pueblo, y que desembocarían años después en una dictadura militar (la única en Colombia), de orientación populista, que logró en poco tiempo estabilizar de nuevo el país, y a la larga permitió restablecer y reforzar la política bipartidista a través de un nuevo pacto entre las élites.

Es en este clima que se desarrolla la primera experiencia que podríamos ubicar como antecesora de la Radio Comunitaria, y al igual que en las diferentes etapas de desarrollo de la sociedad colombiana se erige como una paradoja el hecho de su capacidad de convocatoria, de movilización y de organización frente al contexto de violencia en que se desenvuelve. El proyecto de *Radio Sutatenza* logra crecer en muy poco tiempo pese a que su zona de influencia es una de las más afectadas por el conflicto entre “rojos” y “azules”, liberales y conservadores.

La alfabetización funcional

Corrían los años cincuenta y en América Latina se empezaban a ver los frutos de la dinámica modernizadora de la posguerra que pretendía, a través de la gestión de los gobiernos nacionales y los organismos de intervención internacional, superar las estructuras sociales tradicionales consideradas como un obstáculo para el desarrollo económico y la estabilidad política. En este contexto, la educación era considerada el instrumento por excelencia para garantizar la inserción de los países en el mundo moderno a través de la formación de individuos capaces de responder a una sociedad regida por la razón y cada vez más urbana. Así, se dan a lo largo y ancho de América Latina muchas experiencias bajo el nombre de educación fundamental o alfabetización funcional (Torres, 1997). A la luz de estas concepciones surge en 1947 *Radio Sutatenza*, por iniciativa de un sacerdote que ejercía como párroco del pequeño municipio boyacense ubicado al nororiente de Bogotá. Para principios de los años cincuenta el municipio de Sutatenza contaba con una población de casi siete mil habitantes en condiciones precarias de vida, con altos niveles de dispersión y con por lo menos el 80% de población analfabeta (Torres y Corredor, 1961, p. 11). La propuesta de *Radio Sutatenza* consistía en formar escuelas a través del medio electromagnético, con un sistema conformado por un transmisor central ubicado en la parroquia que llegaba a receptores de frecuencia fija. Así, los campesinos, organizados en grupos, a través de las parroquias, o de manera individual, podían comprar ese “extraño artefacto” que recibía únicamente la señal proveniente de la parroquia. Además de ser un proyecto innovador, respondía a las exigencias del proyecto modernizador, garantizaba el talante moral y religioso que pretendían preservar las elites políticas, hacía uso de la capacidad de influencia de la institución eclesial en una población campesina con una arraigada tradición religiosa, aminoraba recursos de inversión y permitía llegar a zonas alejadas, a las cuales nunca la clase política accedería, sin temor a que se desencadenaran movilizaciones “profanas” (en sentido político y religioso), justo en momentos en los que La Violencia se desarrollaba.

A medida que las exigencias del reto alfabetizador y el requerimiento de atacar la marginación cultural de los campesinos colombianos crecía, el proyecto también lo hacía. En 1951 se constituyó ACPO (Acción Cultural Popular), una entidad jurídica con organización autónoma que orientaría el proyecto, sobre la base de la *Educación Fundamental Integral* (EFI). Esta experiencia vio su apogeo en los años sesenta, cuando más madura y con una propuesta educativa fundamentada conceptualmente y operacionalizada a través de formas técnicas e institucionales, logró ampliar su campo de acción a diversas áreas del país. Comenzó a declinar en la década de los setenta en gran parte debido a las campañas de ampliación de la cobertura de educación básica a nivel nacional implementadas por el Estado, la ampliación de la oferta de radio comercial, así como por el cambio de intereses en las políticas nacionales e internacionales en torno al desarrollo. En 1989 el proyecto, tal como se concibió en sus orígenes, apagó su voz con el cierre de las emisoras con las que contaba en el territorio nacional, las cuales pasaron a manos de CARACOL. No obstante, ACPO sigue funcionando con proyectos de diversa índole, principalmente dirigidos a poblaciones rurales y mantiene como eje de su acción la Educación Fundamental Integral (EFI).

La incidencia de esta experiencia en posteriores desarrollos que se dan en América Latina y en Colombia en torno a la educación y la comunicación es notoria. Baste con reseñar algunas de las investigaciones que sugieren a *Radio Sutatenza* como pionera de las experiencias de Radio Comunitaria, o como modelo paradigmático dentro de los compendios y análisis sobre la Educación Popular en América Latina (Aliag, 1984; Bouissa *et al.*, 1998; Dávila, 1995; Peppino, 1991).

Sobre las comunidades que hicieron parte del proceso de *Radio Sutatenza* no sabemos mucho más que lo que pueden arrojar las investigaciones realizadas sobre el proyecto y que en general no cuentan con una concepción muy clara de los sujetos sociales, tal vez debido a la ausencia de una tradición de estudios sociológicos, la mirada del pueblo como una masa homogénea superpuesta a macroestructuras sociales y políticas, la distancia entre élites y sociedad, la concepción de una comunidad rural atrasada que no determina nada más allá de su potencial como elector o su tendencia a la “barbarie”, su sujeción a la lógica caciquista o gamonalista y, sobre todo, la condición de los sujetos miembros de la sociedad civil urbana y rural como un actor apenas en conformación que anuncia su emergencia. Por tanto, se mantendrán los interrogantes sobre la manera directa en que el contexto social y político impactó *Radio Sutatenza*. La pregunta acerca de cómo sobrevivió con tanto éxito una experiencia de este carácter en una zona que se encuentra en los mapas de la época de La Violencia como una de las más afectadas seguirá abierta.

La difusión de innovaciones

Radio Sutatenza se enmarca en una concepción de la comunicación dentro del paradigma funcionalista que impera en esta época y que se disemina en América Latina a través de los discursos y modelos de desarrollo e intervención por parte de organismos internacionales como la UNESCO.

La comunicación responde bajo esta concepción al modelo clásico diseñado en el contexto funcionalista de los años cincuenta. En esta perspectiva se combinan dos influencias y enfoques. Por un lado, el esquema clásico de comunicación emisor–canal–receptor desarrollado por estudiosos estadounidenses en el periodo de postguerra, centrado en los efectos de los medios sobre

los receptores, en una concepción vertical y unidireccional que enfatiza en el poder de la comunicación viendo los medios como omnipotentes frente a un público masivo y anónimo. De otra parte, en esta perspectiva la comunicación es entendida como persuasión en favor del *statu quo* en el contexto del subdesarrollo, leído este último como sinónimo de atraso o carencia, por lo que la utilización de los medios se orienta especialmente hacia procesos de alfabetización y estrategias para incorporar innovaciones y promover la planificación familiar en zonas rurales, como herramientas claves de la modernización.

Por ello, *Radio Sutatenza* se ubica como una experiencia paradigmática porque supera de cierta manera la concepción del oyente que imperaba en esa época, como receptor anónimo y pasivo del medio de comunicación, al llegar con un lenguaje sencillo y cercano a sectores de población como los campesinos que se encontraban hasta ese momento marginados del acceso a los medios de comunicación y los procesos de modernización en marcha, sin que esto haya significado una ruptura o reconversión del modelo comunicativo predominante. Sin embargo, *Radio Sutatenza* recibe reconocimiento como el primer intento de acercar un medio de comunicación a los oyentes, como la experiencia pionera de una comunicación que siendo masiva tuviera en cuenta las demandas de sectores siempre excluidos de los medios.

Y en esos años (los cincuentas) sucedió el fenómeno que tal vez fue el más importante en la historia de este medio. Dicen que una noche el padre Salcedo, director de Radio Sutatenza, en Colombia, se le ocurrió rezar el rosario: -Dios te salve María [...] Los oyentes le respondieron en sus hogares: -Santa María, madre de Dios [...] Desde entonces, surgió una nueva utopía: la radio participativa. Si en sus inicios la radio tuvo el propósito de salvar vidas en alta mar, ahora era su objetivo evitar que la humanidad entera naufragara en la sordera y la mudez. (Dávila, 1995, p. 35)

Es clave resaltar que el modelo de alfabetización se mantuvo como eje del proyecto Sutatenza pese a que los discursos que le dieron origen cambiaban continuamente en el contexto nacional y regional. Esto nos permite identificar una gran capacidad de los gestores de la experiencia para refuncionalizar sus discursos en torno al mismo eje de la alfabetización cambiando los énfasis en los contenidos educativos y la concepción de sus audiencias. Así, contradictoriamente, la experiencia que impone un nuevo modelo se queda estancada en la propuesta alfabetizadora y no logra cambiar su orientación frente a las fuertes críticas que recibe y a los cambios en las concepciones predominantes en educación y comunicación de décadas. En este sentido consideramos que aunque *Radio Sutatenza* se mantiene como referente mítico e histórico para las experiencias posteriores, no existe una auténtica apropiación del papel que esta emisora jugó en el cimiento de las bases de una nueva forma de comunicación. La distancia temporal y la ausencia de continuidades en las prácticas, los discursos e incluso los sujetos que fueron la base del proyecto Sutatenza, explica el vacío que hay entre la Radio Comunitaria de hoy y este primer referente, que por ello se convierte en un símbolo. Las experiencias actuales de la Radio Comunitaria no tienen mucho conocimiento sobre lo que fue *Radio Sutatenza*, lo cual les ha impedido derivar aprendizajes sobre metodologías, lenguajes radiofónicos y formas de acercamiento a las audiencias, características que fueron pioneras en este campo en América Latina.

El hecho de no haber aprovechado este potencial creador de la experiencia de una manera más dinámica y en consonancia con el ritmo de los cambios contextuales, ha provocado un an-

quilosamiento en la concepción de la radio, anclada exclusivamente en las funciones que originalmente se le asignaron: la educación y la evangelización. El Estado y la iglesia, que siguen siendo actores decisivos, continúan hoy privilegiando una mirada de la Radio Comunitaria centrada en lo rural y dirigida a la promoción de formas de cultura tradicional, espacios de alfabetización y capacitación tecnológica; así como su delimitación como un instrumento efectivo en los procesos de evangelización.

Nuevos discursos populares y alternativos: hacia la transformación definitiva

Las décadas del sesenta y setenta se constituyen como un periodo importante en el que Colombia se vincula más consistentemente a la dinámica regional. Como ya lo mencionamos, las condiciones particulares de La Violencia obstaculizaron en los años cincuenta gran parte su inserción en las dinámicas de otros países de América Latina pese a su capacidad para mantenerse, especialmente en el terreno económico, con cierta estabilidad en el panorama regional. Frente a la incapacidad para controlar los efectos de La Violencia originada en la lucha bipartidista, y tras ahogar la posibilidad más patente de cambio en las cúpulas liberal y conservadora con el asesinato de Gaitán, los partidos decidieron establecer un pacto que permitiera salir de la crisis y evitar una verdadera desestabilización política. En un primer momento se realizó un acuerdo entre los dos partidos en pugna y posteriormente se constituyó una Junta Militar que estableció en el mes de mayo de 1953. Un año después en agosto de 1954 el General Gustavo Rojas Pinilla se autodeclaró Presidente de la República durante el periodo electoral comprendido entre 1954 y 1958. La dictadura, de corte populista, contó en principio con un gran respaldo de la sociedad que utilizó para poner en marcha procesos de reformas modernizadoras y renovación de las élites políticas. También atendió a la solución de problemas sociales inmediatos con acciones asistencialistas acompañadas por una represión paulatina.

Como era de esperarse, cuando las clases políticas vieron la solución salomónica convertirse en amenaza, organizaron con ayuda de Iglesia, estudiantes y trabajadores un Paro Nacional que terminó en el derrocamiento del General Rojas Pinilla. Para ese entonces, ya en muchos sectores se había sembrado, a punta de populismo por un lado y descontento por otro, la semilla de organizaciones de múltiples estilos en los sectores urbanos en continuo crecimiento, y en sectores campesinos en los que no se logró desmontar completamente la movilización insurreccional organizada en torno a *La Violencia*. Nuevamente se estableció una Junta Militar, mientras se dialogaba una salida democrática, la cual se logró a través de un acuerdo (legitimado con la participación de más del 80% de la población votante en un plebiscito) de alternancia en el poder por parte de liberales y conservadores por periodos de cuatro años, durante dieciséis años consecutivos.

El pacto tomó el nombre de Frente Nacional y su primer presidente fue el liberal Alberto Lleras, que había sido secretario de la OEA. Una de las primeras acciones de Lleras se dirigió, justamente, hacia el intento de encausar la movilización popular y mantenerla bajo el control del Estado a través del modelo de intervención imperante para la época y avalado por la ONU bajo

el emblema de la teoría de desarrollo de la comunidad, que tenía su núcleo en la acción comunal. Así, el Presidente Lleras promulga la Ley 19 de 1958, en la que da vida y reglamenta la existencia de las Juntas de Acción Comunal, y un año después las vincula definitivamente al aparato estatal. La historia de la participación popular en Colombia ha estado íntimamente ligada al desarrollo de las Juntas de Acción Comunal (JAC), que tanto en el sector rural como urbano actúan como intermediarias entre las necesidades de las comunidades y la gestión estatal sobre el binomio de colaboración gobierno-comunidad. Estos espacios han sido en muchos casos calificados como neocolonialistas, al hacer uso de la mano de obra gratuita de la población sin dejarle participar en los espacios de toma de decisiones, o bien identificados como refugios de politiqueros y vendedores de votos. Sin embargo, es en el seno de las JAC que se desarrollaron muchos de los movimientos de base que han determinado cambios en la constitución social de Colombia, y que también han sido claves en la conformación del fenómeno de la radio comunitaria.

Dentro de la fórmula del Frente Nacional, Misael Pastrana Borrero (1970-1974) que fue acusado de llegar al poder de manera fraudulenta robando los votos del candidato de oposición: el General Gustavo Rojas Pinilla. Este evento dio origen al Movimiento Armado 19 de abril - M-19, que influyó notablemente los espacios populares especialmente en el sector urbano. La figura del Frente Nacional ha sido definida por diversos investigadores como la principal causa histórica de los conflictos y contradicciones que hoy afectan a Colombia debido a la rigidez bipartidista que generó la exclusión política, la intolerancia, fomentó el clientelismo e impidió consolidar un sistema de partidos maduro y una sociedad civil activa. Sin embargo, sin dejar de lado su fuerte nexo causal con el conflicto que hoy se vive, existen otras lecturas que buscan dar explicación a los fenómenos actuales sin insistir en el enfoque dicotómico: política versus sociedad. Pero sobre todo, sin subestimar la evidente capacidad de movilización social que ha caracterizado a la sociedad colombiana en las últimas cuatro décadas. Estas ópticas han permitido reorientar la mirada hacia actores sociales que lograron poner en marcha procesos de diferente tipo, y permitieron la incorporación de concepciones dirigidas al cambio tales como la Educación Popular y la Comunicación Alternativa, entre otras. De esta continua dinámica da cuenta Daniel Pécaut.

[...] el régimen colombiano está obligado a coexistir con innumerables espacios que escapan a su control [...] Después de 1970 tales fuerzas se multiplicaron y nacieron organizaciones políticas radicales, movimientos de opinión, grupos de oposición cultural: por doquier explotaron conflictos sociales, paros cívicos [...]. Pero añado que la libertad de expresión no tenía casi restricciones, con excepción de los efectos de concentración de los medios de comunicación, que no es exclusiva de Colombia. [...] Se me puede objetar que el régimen no es tolerante sino cuando considera que la resistencia política y social no afecta su supervivencia y que interviene con energía cuando se siente amenazado [...] Es verdad. Pero lo cierto es que el régimen está lejos de quitar toda autonomía a la sociedad civil. (Pécaut, 1987, p. 22)

Consideramos que este análisis rescata la aparición de nuevos actores y discursos en constante interacción y resignificación, los cuales constituyen el antecedente inmediato del fenómeno de la Radio Comunitaria en Colombia, y explican su irrupción en el escenario nacional.

Así, las condiciones sociales y políticas que vive Colombia en la década del sesenta y el setenta, e inclusive hasta principios de los ochenta generan paulatinamente una realidad polarizada y

fuertemente caracterizada por la presencia de actores sociales nuevos entrelazados en una invisible pero compleja red de discursos, prácticas y organizaciones que, a partir de una lectura crítica de la realidad, creen en la posibilidad de un cambio y trabajan por él (Torres, 1997, p. 18). Los actores a los que nos referimos son sujetos individuales y colectivos que encabezan la avalancha de expresiones sociales de naturaleza diversa que van desde movimientos organizados en torno a luchas reivindicativas, movimientos campesinos y sindicatos, sectores académicos que denuncian los desequilibrios sociales y buscan explicaciones a la crisis desde miradas críticas, hasta grupos eclesiales de base y organizaciones juveniles que buscan nuevas y variadas formas de granjearse espacios propios de expresión y participación. Tal vez, la coyuntura que más evidencia la fuerza de ese proceso es la Huelga General de 1977 que efectivamente logra poner en jaque a los diversos sectores de la vida política y económica del país. Con el fin del Frente Nacional en 1974 habían estallado varios de los conflictos contenidos bajo la fórmula bipartidista, en especial la fisura interna de los dos partidos y su pérdida de legitimidad manifestada fuertemente en su actitud frente a la Huelga de 1977 que esta vez no atiende a *La unión sagrada de la clase dirigente frente a las manifestaciones populares* tal como la caracteriza Daniel Pécaut (1997, p. 296). El ambiente anunciaba un cambio inminente y para muchos la alternativa era la izquierda y la revolución era el destino.

Los años ochenta inician, entonces, con esta oleada de cambios que se insertaban en un contexto caracterizado por coyunturas difíciles en la historia del país, tales como la aparición de crisis económicas que siguieron a la bonanza cafetera, la cada vez más notoria desigualdad en la distribución del ingreso y una urbanización acelerada que desbordaba la planeación. Adicionalmente, existía un clima de descontento generado por el incumplimiento de las promesas de la Reforma Agraria y la industrialización a través del modelo ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones), así como por la constante intervención en los asuntos internos del país de actores internacionales, especialmente los Estados Unidos, dentro del contexto de la guerra fría. Eran dos los problemas que se escuchaban constantemente en los escenarios públicos y se traducían en dos palabras: inmoralidad e inseguridad.

El país se encontraba polarizado. Los actores sociales ligados a movimientos populares enfilaban sus esfuerzos hacia un único objetivo: la transformación radical, la revolución. Los colombianos asistían a una época de “conmoción” generalizada que se expresaba desde formas de renovación religiosa hasta la consolidación de movimientos guerrilleros.

En el caso colombiano es notable, y por tanto ineludible, reparar en el hecho de la temprana existencia de grupos guerrilleros, no solo vinculados a las guerrillas liberales generadas en la lucha bipartidista de los cincuenta, sino también otros de clara orientación comunista. En un estudio sobre el tema, Eduardo Pizarro propone una periodización del movimiento guerrillero (Pizarro, S.f., p. 388): Una primera etapa de emergencia y consolidación (1962-1973), la segunda de crisis y división (1973-1980) y una tercera de recomposición y auge (1980-1989). Estas etapas coinciden con las tendencias predominantes en toda América Latina y muestran la fuerte dinámica de cambio en la región durante estas dos décadas. Coincide con la primera etapa descrita, un florecimiento de expresiones de izquierdas políticas nacientes y la aparición de grupos guerrilleros en diferentes partes del continente con la fuerte referencia de la experiencia cubana. En la segunda etapa, se da un declive de esa primera oleada de resistencia que puso en evidencia las dificultades de la izquierda política y armada en estos países, junto al desaliento frente al asesinato del Che

Guevara. En la tercera etapa, se evidencia de nuevo un impulso a la izquierda política e insurgente sustentada en el referente del triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua.

Tanto en América Latina como en Colombia la respuesta represiva aumentó y fue apoyada por actores externos. En 1975 se instauró el Estado de Sitio en Colombia y se sentaron las bases para la consolidación de una Política de Seguridad Nacional que vio sus mayores expresiones autoritarias y represivas bajo el gobierno del liberal Julio César Turbay Ayala (1978–1982). No obstante, la creciente fuerza de la movilización popular continuó y se fortaleció.

Investigación-acción-participativa, Educación Popular y Comunicación Alternativa

Sobre estas coordenadas de espacio y tiempo se desarrollan los procesos que darán vida a nuevas formas de acercamiento a la realidad desde una mirada crítica compartida. Los actores de estos procesos provenían de diversos campos de la vida intelectual y estaban comprometidos con el cambio. Los elementos de inspiración de estos sujetos sociales en constitución provenían de la teoría marxista, el ideario revolucionario, la idea de una educación emancipadora y la simbología propia de luchas y movimientos populares. Estos insumos se orientaban hacia una lectura dual de la realidad y pretendían a su vez una búsqueda de nuevas formas de conocimiento que, reivindicando la ciencia, persiguieran fines de cambio y se comprometieran con la acción.

La IAP (Investigación-Acción-Participativa) junto con la Educación Popular y la Comunicación Alternativa, así como con algunos motivos de inspiración provenientes de la Teología de la Liberación, son los discursos imperantes en este periodo, pero además se consolidan como prácticas discursivas en la medida en que su perspectiva teórica involucra la acción y el compromiso con las poblaciones a que están dirigidos y de las que, a su vez, son parte. Así, estos discursos configuran nuevos sujetos sociales constituidos por intelectuales, artistas, universitarios, activistas de izquierda, sindicalistas, campesinos, líderes comunitarios. Y son justamente estas prácticas discursivas y estos sujetos sociales los que se hacen presentes en las constantes expresiones de los movimientos populares que crecen en número e intensidad para esta época. Pese a que cada una de estas propuestas —IAP, educación popular y comunicación alternativa— responden a móviles diferentes, en la práctica se superponen y se mezclan continuamente, tienen en su base una meta única y compartida: la transformación social a través de la acción política.

Los medios como instrumentos del cambio

Lo que deriva del contexto expuesto es una serie de sujetos sociales que desarrollan acciones vinculadas a las concepciones predominantes que hemos descrito y dan una gran importancia a la existencia de medios de comunicación propios como facilitadores de los objetivos centrales propuestos. En últimas, unos medios de comunicación populares al servicio del cambio y que responden a la concepción gramsciana de los medios (estatales y comerciales) como aparatos ideológicos del Estado.

Sin embargo, es notorio cómo en Colombia la comunicación alternativa se hace presente pero no como una de las protagonistas en el accionar popular de la década del setenta. Aunque efectivamente la comunicación alternativa aparece dentro de los discursos imperantes y los contenidos de la capacitación, no toma una forma concreta como movimiento, red o grupos organizados en torno a actividades comunicativas específicas, y menos en lo que se refiere a los medios electrónicos (radio y televisión). Su influencia se presenta más como un repertorio de herramientas metodológicas que están al servicio de movimientos populares que se consideran de mayor envergadura. Así, su presencia se traduce en la creación de periódicos murales, foto-revistas, boletines y técnicas sonoras como el casete-foro para apoyar la acción social, política y económica de grupos de diversa índole. Existe muy poca documentación sobre los procesos que pudieron emerger en esa época y consideramos que es posible que hayan existido especialmente experiencias en el área de la prensa escrita. Pero, ni en las memorias de encuentros internacionales, ni en compendios académicos se hace referencia en este periodo a alguna experiencia como antecedente de un proceso eminentemente comunicativo, es decir que tuviera como objetivo principal la comunicación, sobre la base de la concepción alternativa.

A nuestro juicio, son tres los factores inmediatos que determinan el hecho de que frente a otros países de América Latina como el Perú o Bolivia, avanzados en la incursión de sectores populares en los medios y especialmente en la radio, Colombia se encuentre rezagada. En primer lugar, el hecho de que solo hasta la década del ochenta las facultades de Comunicación Social involucran la mirada crítica en los currículos, lo cual influyó fuertemente las experiencias posteriores. En segunda instancia, el hecho de las limitaciones tecnológicas para acceder a los medios y pensarlos como propios, así como la urgencia de difusión popular de contenidos revolucionarios por medios eficaces en el contexto inmediato sin mucho cuidado de su forma. Y en tercer lugar, una concepción de los procesos comunicativos como parte de procesos formativos más amplios, lo cual terminó supeditando la participación de la comunicación alternativa a otros paradigmas, principalmente al de la Educación Popular.

Por supuesto, a estas hipótesis que llamamos factores inmediatos, subyace una estructura de relaciones entre los principales actores que determinan esta etapa. El Estado juega un rol muy importante en dos aspectos. Uno, su papel dual en relación a la emergencia de movimientos populares, consistente tanto en la represión de todo tipo de expresiones organizativas por considerarlas proclives a la revolución y vulnerables de ser asimiladas por grupos armados, como en el intento de assimilarlas al sistema burocrático y asistencial a través de la implementación de programas estatales con signo, también, popular o comunal. Dos, el control constante de los medios de comunicación a través de recursos legales que aducen su existencia como medios de carácter público. Ahondaremos en este segundo aspecto, ya que es vital en la conformación posterior de radios comunitarias.

Tal como lo describe Elizabeth Fox, la libertad de expresión en Colombia ha sido abiertamente atacada o severamente limitada desde la ley y en pro de la continua lucha de intereses de los sectores políticos y privados. A pesar de que el servicio de radiodifusión se establece como público, ni en su inicio ni en su desarrollo la radio ha sido desvinculada de la mecánica comercial. Otro aspecto importante ha sido la vinculación de las elites políticas tradicionales a los medios. Es importante anotar un elemento que es también fundamental, y es la influencia de sectores

importantes de las guerrillas en la orientación de algunas de las experiencias que se manifestaron bajo las tres concepciones analizadas (I.A.P., Educación popular y comunicación alternativa), ya que esto constituye un trabajo que luego será capitalizado en procesos de participación popular y comunitaria posteriores. Como es lógico, aún más en el contexto de la guerra fría, la existencia de las guerrillas colombianas sirvió como constante pretexto para la censura y la represión, pero además entró como un actor casi omnisciente a la disputa por los contenidos de discusión pública: era imposible no hablar de la lucha insurgente.

Finalmente, los medios de comunicación, pese a la presencia de un discurso de comunicación alternativa que contribuyó metodológica y estratégicamente a experiencias de otro tipo, no confluyeron en proyectos concretos que tuvieran como eje el desarrollo de procesos propiamente comunicativos. En el desarrollo posterior del fenómeno de la radio comunitaria, esta concepción de la comunicación como instrumento tendrá consecuencias significativas.

Los movimientos sociales de nuevo signo y las políticas nacionales de comunicación

En el término de unos pocos años, a principios de los ochenta, el panorama político vuelve a cambiar y se empiezan a realizar tránsitos hacia la democracia en los países de América Latina que sufrieron dictaduras. La ola de llamamientos a la democratización y a la apertura política de los países del continente, se acompaña con la implementación de reformas económicas estructurales orientadas básicamente a solucionar la crisis de la deuda externa. Estas políticas de reforma de corte neoliberal, van a desembocar y a confluir paulatinamente, en una serie de consecuencias sociales en Colombia como la profundización de las desigualdades, el recrudecimiento de la represión, el incremento de la economía paralela del narcotráfico, la radicalización guerrillera y un descontento generalizado.

En los años ochenta, el país asistió en el curso de pocos años a una escalada de violencia caracterizada por la profusión de actores en conflicto y la incapacidad del Estado. Narcotraficantes, paramilitares, guerrillas y delincuentes comunes se disputaban territorios y hacían continuas muestras de poder en busca de sus objetivos. La sociedad colombiana se mostraba profundamente desgastada por el conflicto y la incertidumbre recrudecidos por la continua ejecución de actos terroristas especialmente por parte del narcotráfico. Pero además, la solución represiva cada vez perdía mayor respaldo y la vinculación de militares en las filas de los grupos de autodefensa, por ello llamados paramilitares, generó una fuerte oposición a la salida armada por parte del Estado. Precisamente sobre este telón de fondo, el candidato conservador Belisario Betancur llegó al poder para el periodo 1982-1986 con una propuesta de diálogo con los grupos guerrilleros como bandera de gobierno. No obstante, las reformas y mecanismos de diálogo implementados por el ejecutivo no fueron lo suficientemente fuertes, ni la voluntad de diálogo de los grupos guerrilleros muy decidida, por lo cual los intentos de acercamiento con los grupos alzados en armas fracasaron. Para muchos, el cese al fuego temporal logrado con grupos como el M-19, el EPL y las FARC tan solo significó un lapso de tiempo durante el que las guerrillas se armaron y fortalecieron sus

estrategias ofensivas, y el Estado desarrolló una guerra sucia contra las guerrillas, lo que desembocó en un recrudecimiento posterior de la violencia. Por su parte, la política norteamericana se centró en la lucha contra el narcotráfico, factor que logró hacer llegar a puntos insostenibles la campaña terrorista adelantada por los carteles de la droga. Esta oleada terrorista trasladó la violencia del campo a la ciudad, estremeció las capitales y generó a su vez movimientos de todo tipo en contra del llamado narcoterrorismo.

No es nuestro objetivo evaluar los resultados de esta etapa tan compleja y determinante en el contexto actual de Colombia, pero sí es fundamental enfatizar dos factores que consideramos claves en nuestro análisis: por una parte, que la violencia no consiste solo en el enfrentamiento entre el Estado y grupos insurgentes, sino que se trata de una violencia múltiple que tal como lo afirma Pécaut es imposible reducir a un denominador común. En segundo lugar, y en consecuencia con nuestra primera afirmación, los sujetos sociales que se movilizan en contra de las diferentes formas de violencia o a favor del desarrollo social son igualmente variados, numerosos y atienden, en algunos casos, a la influencia de los actores en conflicto.

Después del gobierno de Belisario Betancur, ya ningún gobierno podría dejar de lado el tema de la paz en escenario político, y ya nunca más la paz se ausentaría del debate público. En el marco de una mayor apertura, se consolidan unos y surgen otros tipos de actores sociales y expresiones que demuestran la existencia de nuevas formas de identidad ya no solamente enmarcadas en la lucha de clases. Gran parte de los movimientos nacientes, y que provenían de etapas anteriores incorporaron dentro de sus estrategias áreas de comunicación encaminadas a la difusión, promoción y movilización de sus propósitos.

Las políticas nacionales de comunicación

En la década de los ochenta el enfoque predominante en las investigaciones y proyectos de comunicación se encuentra vinculado a la constitución de Políticas Nacionales de Comunicación dentro de la propuesta de los países del Tercer Mundo por un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, NOMIC, que se materializa en el informe MacBride de 1980. Este sostiene que el orden imperante se basa en el desequilibrio y la dependencia cultural y se traduce en una fuerte crítica al etnocentrismo unidireccional y a las estructuras existentes de medios masivos de comunicación. El principal objetivo es la democratización de la comunicación y la información (Roach, S.f., p. 9).

Esta tendencia se encuentra enmarcada en un contexto específico en el que América Latina se movilizaba fuertemente en el movimiento de los No Alineados, dentro del cual el tema de la comunicación se convirtió en uno de los ejes centrales. En 1976 se celebró en Túnez el seminario sobre los medios de los No Alineados y en este se propuso el nuevo orden de la información. Se trataba de hacer frente a la comercialización, la universalización y la oligopolización de las comunicaciones, para proteger la soberanía cultural y nacional (Hamelink, 1991, p. 35). Sobre este panorama se desarrollan diversas acciones en pro del NOMIC respaldadas por la UNESCO. Los cimientos de la propuesta del nuevo orden son la independencia, la soberanía cultural y la democratización del flujo informativo (Catalán y Sunkel).

Vale decir que este manifiesto se desarrolla en el marco de la guerra fría y trae consecuencias políticas que afectan la marcha de un proceso que buscaba la independencia de los países del Tercer Mundo. De hecho, el capítulo más destacado de la confrontación es el de la salida de los Estados Unidos de la Unesco en 1985, seguida por la renuncia del Reino Unido, como respuesta al apoyo que esta organización brinda a la propuesta del NOMIC. Esto resultó pocos años después en una discreta retirada de la Unesco del sueño de un nuevo orden. Un sueño cifrado en la posibilidad de democratizar la comunicación y la información en América Latina y los países del Tercer Mundo.

Motivadas por la promesa de la democratización aparecen diversas reflexiones por parte de intelectuales colombianos como Elizabeth Fox, Luis Ramiro Beltrán, Jesús Martín Barbero y Patricia Anzola, entre otros, sobre el papel de los medios y la comunicación en el país. Así mismo, las Facultades de Comunicación Social, que se pueden considerar para principios de los ochenta como procesos en construcción, vinculan los nuevos temas y trascienden el objetivo primordial de formar periodistas hacia una formación de la comunicación más amplia e involucrada en procesos sociales. Es por ello, que los estudiantes de comunicación y los investigadores empiezan a acceder a nuevos elementos de análisis de la comunicación que oscilan, según la orientación ideológica de las diversas universidades, entre el paradigma de la teoría crítica, la comunicación alternativa y la comunicación para el desarrollo.

Comunicación para el desarrollo, comunitaria, participativa, democrática

Lo que predomina en este periodo y prevalece hasta el momento actual, con rupturas y continuidades, avances y retrocesos, no es una sola concepción sino más bien una propuesta que critica la crítica que se hacía a la sociedad desde miradas puramente políticas, que asume la investigación de los procesos sociales sin la mediación de rótulos previos y contempla la necesidad de fundamentar epistemológicamente la comunicación. Se trata de una propuesta que se alimenta de las investigaciones externas pero busca un espacio de producción autónomo que sea capaz de interpretar la realidad propia, los contextos específicos de América Latina en general y de cada uno de los países que la conforman.

Así, las experiencias comunicativas asumen diferentes nombres que se acercan a la realidad de su práctica y provienen de los marcos teóricos que se encuentran en construcción. Participativa, comunitaria, para el desarrollo, democrática, son los adjetivos más comunes que reciben. Esta especie de “movimiento” en el campo de la comunicación, tanto en el ámbito académico como en el de la práctica, surge a partir de dos hechos claves. Por una parte, de las críticas que se hicieron a la comunicación alternativa y en segunda instancia, como resultado de las propuestas surgidas en el NOMIC, que ubican el tema de la comunicación al centro de la discusión teórica en el área de las ciencias sociales y aportan diferentes temas de reflexión.

Las nuevas concepciones que guían las investigaciones y las experiencias comunicativas de los sectores populares —promovidas desde los estudiantes y profesionales de la comunicación que

incursionan en este tipo de escenarios— adoptan elementos tales como la planeación y la participación como ejes que contribuyen a las perspectivas desarrollista y democrática respectivamente, así como corrientes de pensamiento antropológico o culturalista, que recuperan la idea de diversidad y teorías de sistemas. La comunicación en este contexto es entendida como un proceso que se pone en relación con los objetivos de desarrollo y democratización de un sector determinado. Se trata de un proceso que se efectúa en los campos de relación entre sujetos (intersubjetividad), y en los escenarios sociales construidos por las múltiples relaciones y dimensiones que marcan la marcha de sus propias vidas (cotidianidad), recuperando, de esta manera, elementos de la subjetividad y la perspectiva de actor.

Los ejes de la propuesta giran, a nuestro modo de ver, en torno a cuatro aspectos básicos: El retorno al sujeto, entendido este como productor de sentido; la comunicación inserta en redes complejas de mediaciones que abarcan todos los aspectos de la vida social (económico, educativo, político, etc.); la comprensión de la comunicación como un proceso cultural en sí mismo; y la concepción de los procesos comunicativos como centrales en la construcción de la sociedad a todo nivel.

Es para finales de la década de los ochenta que la orquestación de esta serie de elementos que hemos descrito en nuestra reconstrucción se conjugan en el florecimiento y sobretodo en el reconocimiento, en sectores académicos y populares, de experiencias que se reclaman como populares, participativas, alternativas o comunitarias teniendo como centro de acción, tanto en su contenido como en su metodología, el tema de la comunicación. En diferentes puntos del país irrumpen experiencias locales, centradas en su gran mayoría en la radio, que atienden a diversos objetivos, pero en general pretenden aportar al desarrollo y la democratización de su localidad.

Desde programas semanales emitidos en emisoras comerciales, pasando por los intentos artesanales de construir un transmisor propio, hasta el uso de sistemas de altoparlantes y la organización del casete-foro son las opciones que asumen estas experiencias pioneras de la radio comunitaria en el país. Como el inicio de toda historia, esta se encuentra llena de anécdotas y aventuras, de personajes poco tradicionales, de dificultades, así como de la fuerza y la magia de la iniciación. En diferentes regiones se construyeron emisoras con materiales básicos a partir del *ingenio colombiano*; en municipios alejados se establecían *cabinas de grabación* poco convencionales ubicadas en las casas de los líderes comunitarios, del electricista del pueblo, o del joven que soñaba ser locutor; se ingeniaron diversas formas de difusión tales como el uso de los altoparlantes de las iglesias y los colegios, el montaje de altoparlantes en bicicletas, la emisión de programas pregrabados en los equipos de sonido de los buses de transporte urbano y la realización periódica de casete - foros. Como por arte de magia se empezaron a escuchar noticias de los *pioneros* y se comenzaron a establecer redes de comunicación al interior de las regiones. Igualmente, se organizaron eventos para congregar experiencias nacionales e internacionales con el fin de aprender y compartir experiencias. Para principios de los años noventa se hablaba de más de doscientas *radios* entre las que se contaban tanto los programas llamados comunitarios emitidos por cadenas comerciales, como las redes de altoparlantes y los foros. Es justamente en este marco en el que nace el actual fenómeno que conocemos como Radio Comunitaria.

Emergencia de la Radio Comunitaria en Colombia

La década de los noventa anunciaba para Colombia la continuación del constante juego entre la guerra y la paz, entre la desilusión y la esperanza. Se dio una notoria escalada del conflicto: cada día se presenciaba una avalancha de noticias violentas (secuestros, atentados, tomas de pueblos, masacres, desapariciones), se incrementaban los índices delictivos, se descubrían actos de corrupción y se recrudecían los enfrentamientos armados. En 1989 el país conmocionado recibió como una gran herida el asesinato del precandidato liberal a la presidencia Luis Carlos Galán, se dice que a manos del narcotráfico, que se presentaba como una alternativa de cambio. Sobre este panorama desalentador los sectores organizados empezaron a buscar salidas que no partieran del establecimiento, ni de la oposición armada y se comenzaron a crear condiciones para generar una concertación nacional en contra de la violencia.

Para 1990 se da fin a un proceso de varios años de negociación que resulta en la desmovilización del M-19 y su ingreso a la vida política con un partido político, la Alianza Democrática M-19, que conjuga muy diversas fuerzas y cuenta con un líder carismático y aglutinador: el ex-combatiente Carlos Pizarro Leongómez. El nuevo líder se lanza como candidato a la presidencia, pero es asesinado en plena campaña electoral. Sobre un profundo sentimiento de indignación los sectores comprometidos con el cambio se siguen movilizando, y dentro de ellos se destaca un movimiento estudiantil que logra, a través de una consulta popular, una amplia convocatoria para realizar una reforma a la Constitución. Esta manifestación masiva de la sociedad unida a los compromisos de cambio constitucional pactados con el M-19 como requisito para deponer las armas e ingresar a la vida civil y política del país, sentaron las bases de legitimidad para realizar una Asamblea Nacional Constituyente.

El Estado, aunque no tenía mucha credibilidad, contaba con algunos instrumentos que se habían venido desarrollando en el intento de lograr mayor desarrollo y democratización especialmente en zonas marginadas y amenazadas por el conflicto armado. Así, en el periodo comprendido entre 1982 y 1989 se crearon mecanismos legales, instituciones y programas que atendían las poblaciones mencionadas. Se destacan la elección popular de alcaldes, la Consulta Popular en la toma de decisiones administrativas, la contratación con la comunidad en la ejecución de obras públicas, así como la creación de espacios de participación de usuarios en la administración de los servicios públicos. Dentro de este marco, el Plan Nacional de Rehabilitación, PNR se constituyó en la mejor herramienta de acercamiento directo entre las comunidades, especialmente rurales, y el Estado. Este programa presidencial permitió invertir recursos en infraestructura local y consolidar formas de organización y de concertación, a través de la formación de líderes capacitados en la gestión y planeación de proyectos en diversas áreas.

A nuestro juicio, más que los logros en inversión apropiada a las localidades, el saldo positivo que dejaron estas iniciativas fue el de hacer circular discursos, formas de participación y organización en comunidades tradicionalmente paralizadas por el paternalismo, así como el de permitir la acción de profesionales y funcionarios comprometidos con un ideal de desarrollo y de cambio en el país. Esta era el arma con la que el Estado contaba para afrontar el desafío de un cambio constitucional que contara con consensos amplios y permitiera la participación de las mayorías. Adicionalmente, sobre las expectativas de poder participar en el planteamiento del nuevo acuerdo

nacional que significaba la Asamblea Nacional Constituyente, otros grupos guerrilleros como el EPL. El PRT y el Quintín Lame, se comprometieron a entrar en procesos de desmovilización y reinserción

La Asamblea Nacional Constituyente vinculó miembros de los grupos recientemente desmovilizados y representantes de amplios sectores de la sociedad: campesinos, indígenas, mujeres, iglesias, homosexuales, prostitutas, ecologistas, negritudes, nuevos partidos, movimientos cívicos, etc. No obstante, hubo tres grupos claves que, si bien siguieron muy de cerca el proceso, se mantuvieron al margen: los carteles de la droga, los movimientos guerrilleros y las élites políticas del viejo régimen bipartidista con asiento en el Congreso (Dugas, 1993, p. 40). Además, se realizaron mesas de trabajo en diferentes puntos estratégicos del país, gracias a la infraestructura organizativa y participativa antes mencionada, que desarrollaron propuestas encaminadas al proceso final de la redacción de la nueva Constitución y manifestaciones en favor de la iniciativa.

La Constitución del 91 sentó sólidas bases para que Colombia entrara en un proceso de democratización que se suponía podría garantizar la superación de la crisis política y el conflicto. El clima del país, un clima de renovación, de ampliación democrática y de esperanza frente al desafío de la violencia. La Constitución de 1991, sin duda, fue esa caja de herramientas que permitió armar sueños y proyectos de los más diversos orígenes, entre ellos el de la Radio Comunitaria. Sería injusto negar que en estos diez años han sido muchos los avances logrados. Sin embargo, el proyecto aún está incompleto, la promesa es aún una esperanza y la democracia, retomando la idea de Alain Touraine, está indefensa porque “[...] solo es capaz de defenderse a sí misma si incrementa sus capacidades de reducir la injusticia y la violencia” (Touraine, S.f., p. 90).

Comunicación para un nuevo país

La Constitución del 91 junto con el desarrollo de las concepciones que analizamos en el aparte anterior dio origen a diferentes hechos que permitieron la emergencia de la radio comunitaria.

Ya desde 1990 se había constituido el Grupo de Comunicación y Desarrollo conformado por comunicadores, funcionarios, periodistas y otros profesionales que realizaron una evaluación de la situación de la comunicación en Colombia a la luz de las tendencias internacionales de democratización de la información y la comunicación, así como de su vinculación con los objetivos de desarrollo. La investigación realizada por este grupo aportó elementos esenciales en la discusión y permitió establecer algunos parámetros sobre los que se reformó el Ministerio de Comunicaciones.

Para ese momento, la presencia de las experiencias pioneras era clara y su voz crecientemente escuchada, lo que nos permitiría afirmar que en las Mesas de Trabajo que alimentaron la redacción de la nueva Constitución sus inquietudes quedaron consignadas. De hecho, la Constitución de 1991 consagra varios artículos en los que se reconoce y estimula la existencia de experiencias de este tipo, tanto en su carácter comunicativo, como comunitario.

Otro hecho fundamental fue la aparición de instituciones de diversa índole, y actores de diferente tipo y afiliación a la propuesta de las emisoras comunitarias nacientes. Las universidades privadas, también comenzaron a contemplar en los currículos de las facultades de comunicación

el tema de los medios comunitarios o alternativos, y varios estudiantes buscaron desarrollar sus prácticas profesionales o sus trabajos de investigación sobre el tema. Vale decir que lamentablemente la dispersión de las experiencias, la falta de producción académica en el tema específico de la radio comunitaria y la falta de recursos probablemente, no permitieron que las investigaciones facilitaran una mirada sistemática al nuevo fenómeno, o avanzaran en la construcción de su sentido. Algunos de los proyectos productivos, sociales y políticos de los desmovilizados de los diferentes grupos guerrilleros se centraron en la comunicación y la radio alternativa. Por su parte, organizaciones no gubernamentales de todo tipo y agencias internacionales como UNICEF y Enda-América Latina también se involucraron en el proceso. Así mismo, la iglesia y las administraciones locales jugaron un papel vital en la gestión y fortalecimiento de los procesos.

El momento naciente

Lo que siguió en adelante en el proceso se centró, a nuestro modo de ver, en dos elementos. En primer lugar, en una movilización en busca de la identidad de un fenómeno que aparecía como novedoso para todos, incluso para los pioneros. En este sentido, se desarrollaron esfuerzos en todos los niveles (local, regional, nacional e internacional) para establecer canales de comunicación entre los proyectos encaminados a intercambiar experiencias, sistematizar los procesos comunitarios y aprender. Uno de los móviles fuertes estaba en la capacitación, porque todos hablaban de radio comunitaria *pero no sabían cómo hacerla*. Este punto se atacó desde diferentes frentes, por un lado buscando acceso a entidades latinoamericanas que promovían el tema y comenzaron a circular cartillas y manuales, así como a crecer el número de participantes colombianos en los eventos internacionales de formación y en los programas de capacitación a distancia. En segundo lugar, la lucha por la legalización de las emisoras existentes.

En el acercamiento al corpus de nuestro análisis nos llamó fuertemente la atención encontrar que en su mayoría los sujetos entrevistados referencian el año 1991 como el punto de partida de su narración y como un momento de gran apertura en el país en coincidencia con cambios en sus proyectos de vida individuales. Así, mientras unos ingresaban a la universidad, otros buscaban crear y aprovechar oportunidades para sus proyectos sociales en el seno del gobierno, algunos otros buscaban moverse más allá de las reivindicaciones básicas en sus contextos cercanos, unos experimentaban formas diversas de difusión de sus acciones en el espacio local y otros cuantos emprendían su ingreso a la vida civil tras varios años de lucha guerrillera. Tanto en las publicaciones, como en la memoria de los pioneros destacan principalmente dos experiencias. Por una parte, la Emisora Comunal de Usme que surge vinculada a un proyecto organizativo en la localidad del mismo nombre -ubicada en un cinturón de miseria al extremo sur de Santafé de Bogotá y que cuenta con más de 90 barrios- la cual articulaba grupos tales como las madres comunitarias, las Juntas de Acción Comunal y los comités de salud de los barrios de la zona. Por otra parte, se identifica la Red de Radios del Litoral Pacífico, que apoyada por grupos de investigadores y estudiantes del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad del Valle, surge al interior del Plan de Desarrollo Integral de la Costa Pacífica orientado por diferentes entidades públicas y privadas del nivel local, departamental y nacional. Para 1992, esta red contaba con cinco

experiencias que funcionaban a través de la capacitación de corresponsales populares que se organizaban a través de “Colectivos de Comunicación Popular” como base operativa de la experiencia.

El “clima” que servía de trasfondo para la implementación de todas estas experiencias es clave. El contexto político social colombiano, marcado por el recurso constante a la violencia para dirimir los conflictos y establecer las líneas de poder, hizo que esta época (enmarcada por los hechos que especificamos anteriormente) permitiera la aparición o la promoción de procesos y actores que apostaron a la posibilidad de construir una realidad diferente a la que habían vivido ellos y generaciones anteriores. La reconciliación era la palabra que expresaba el espíritu de la época y, a nuestro juicio, la evidencia de que actores antes armados podían hacer parte de un nuevo pacto, sugería un sello de garantía para el futuro. La presencia de desmovilizados en diferentes esferas de la realidad colombiana, y la radio no es la excepción, fue uno de los aspectos que simbolizó el ingreso de palabras nuevas tales como inclusión y tolerancia a la sociedad colombiana. No es nuestro objeto realizar un análisis de los resultados de este clima, pero huelga decir que su capacidad de transformación fue débil y su duración fue más corta de lo que el momento histórico sugería.

El proceso de legalización

La promulgación, por parte del Presidente de la República César Gaviria, del decreto 1695 de 1994 mediante el cual se reglamentaba el servicio comunitario de radiodifusión sonora en Colombia, es un hecho que parte en dos la historia reciente de la Radio Comunitaria, constituye un momento significativo en cuanto simboliza tanto el triunfo como la derrota de un sueño colectivo.

En los primeros años de la década del noventa se hicieron ensayos organizativos que comprendían desde la formalización de grupos, la conformación de redes regionales y la creación de asociaciones, hasta el intento de generar una organización nacional que pretendió generar espacios de discusión y formación en torno a la radio comunitaria. Este primer ensayo nacional se denominó la Red Colombiana de Radios Comunitarias y surgió a partir de un proceso de coordinación interinstitucional que se inició en 1993 y se denominó “Fiesta de la Palabra”. En este proyecto se logró un nivel de concertación que desembocó en un convenio respaldado con recursos y firmado por cinco instituciones estatales, una agencia de cooperación internacional y dos ONG nacionales.¹ “Fiesta de la Palabra” estaba dirigido a coordinar, en siete localidades marginadas de la ciudad de Bogotá, acciones en torno a la comunicación con diversos propósitos, tantos como instituciones y comunidades se involucraban en el proyecto.

Los primeros pasos hacia la legalización consistieron en un trabajo de investigación de la legislación colombiana pertinente, liderada por un líder comunal, Jorge Londoño, que tenía nexos fuertes con la Unión Patriótica (U.P.) y estudiaba la carrera de derecho. Se creó un grupo conformado por gestores de las emisoras y profesionales de instituciones -que actuaban más movidos por un convencimiento personal que por las políticas institucionales, sobre todo en el caso de

¹ Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), Instituto Colombiano de Cultura (COLCULTURA, actual Ministerio de Cultura), Proyecto Enlace del Ministerio de Comunicaciones, Unidad Coordinadora de Prevención Integral (UCPI, de la Alcaldía Mayor de Bogotá, D.C.), Ministerio de Gobierno (actual Ministerio del Interior), Environment et Developpé (ENDA) América Latina, Asociación de Trabajo Interdisciplinario (ATI) y Fundación Social.

las entidades del Estado- que lideraron un proceso de consulta, consenso y presión vinculando instancias del gobierno y miembros de las experiencias. El siguiente paso fue comenzar a posicionar el tema básicamente en dos espacios estratégicos: El Congreso de la República, a través de representantes y senadores de la U.P., y de la Alianza Democrática M-19 y las experiencias de radio comunitaria en todo el país a través de la organización de encuentros y de la creación de una publicación a cargo de la Red Colombiana de Radios Comunitarias, RECORRA. La revista '1, 2, 3, probando' se constituyó en un órgano de difusión y de enlace entre experiencias nacionales e incluso internacionales, y en un espacio para el debate de temas fundamentales como la legislación. En su edición de lanzamiento se publica un primer borrador de lo que podría ser una ley de la Radio Comunitaria, bajo el título 'La ley del limbo'

Así, lo que era una experiencia de coordinación interinstitucional en Bogotá, y la existencia de experiencias de comunicación aisladas en diferentes partes del país, se convirtió en el comienzo de una serie de acciones que se reunían bajo el sello de un "movimiento".

Se trató de un proceso de casi tres años en los que a punta de "lobby", realización de encuentros, capacitación y perseverancia lograron llegar a la promulgación del Decreto 1695 de 1994 que reglamentaba la existencia de las emisoras comunitarias en Colombia. Fue un camino largo y accidentado, donde la presencia de experiencias radiales en casi todo el país fue en ascenso y los niveles organizativos maduraron.

Sin embargo, el triunfo duró poco. El Decreto 1695 de 1994 fue rápidamente reemplazado por el Decreto 1447 de 1995, que se vinculó a la reglamentación general de radio y hasta hoy ha sufrido algunos cambios.

Nos interesa resaltar que entre la promulgación del primer decreto en 1994 y la primera adjudicación de frecuencias pasó más de tres años. En este lapso de tiempo el incipiente "movimiento" pasó de la euforia del logro a la desesperanza del incumplimiento. El grupo promotor del proceso se desestructuró y la cohesión se debilitó por la lógica de la competencia generada en la lucha por el acceso a las licencias. La exclusión de las ciudades capitales de la reglamentación y el reordenamiento institucional, ocasionado por el cambio de gobierno, dejaron al movimiento incipiente desamparado, ya que los principales promotores provenían tanto de las experiencias urbanas como de algunos programas de gobierno. Por otra parte, en este tiempo se adelantó una campaña de control y represión, con el debido respaldo legal que atribuía el Decreto, encaminado a no permitir la existencia de emisoras ilegales en el espectro. Durante este periodo fueron decomisados muchos equipos y cerradas voluntariamente muchas emisoras por temor a la sanción. El conjunto de estos factores desembocó en una desestructuración de un fenómeno de movilización que había empezado con fuerza.

El Decreto 1447 ya no contó con la participación de los gestores de las experiencias y las instituciones de apoyo, sino que fue promulgado directamente por el Ministerio de Comunicaciones. Algunos de los implicados en el proceso opinan que el segundo decreto no es tan completo como el primero y que tiene profundas limitaciones frente a este. No obstante, la legalización aparece en los testimonios de muchos de los actuales gestores de las experiencias como el que da vida a la radio comunitaria. Así mismo, la posterior apertura de la licitación pública para adjudicar frecuencias para operar emisoras comunitarias en todos los municipios del país (excepto en las ciudades capitales) es identificado como el momento de origen.

Referencias

1. Acero, C. (1992). Suena que suena el parlante de mi barrio. *Revista Probando* 1, 2, 3, *Red Colombiana de Radios Comunitarias–Recorra, Instituto Colombiano de Cultura–Colcultura*, 1.
2. Aguado, J. y Portal, M. (1992). *Identidad, ideología y ritual*. México: UNAM.
3. Alfaro, R. (1993). *Una comunicación para otro desarrollo*. Lima: Calandria.
4. Rey, G. y Restrepo, J. (1995). *Desde las dos orillas*. Bogotá D.C.: Ministerio de Comunicaciones.
5. Bouissa, A., Curuchet, E. y Orcajo, O. (1998). *Las otras radios: Entre la legitimidad y la legalidad*. Montevideo: Talleres gráficos de la Comunidad del Sur.
6. Dávila, L. (1995). La radio: aquellos primeros años. *Revista Chasqui*, 52.
7. Deas, M. (1973). Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia. *Revista de Occidente*, 127.
8. De la Peña, G. (2000). La modernidad comunitaria. *Revista de Antropología Social-Desacatos*.
9. Dugas, J. (Compilador). (1993). *La Constitución de 1991: ¿Un pacto político viable?*, Bogotá D.C.: Fondo Editorial Cerec-Universidad de Los Andes.
10. Fals, O. (1959). *La Teoría y la Realidad del cambio sociocultural en Colombia, Monografías Sociológicas*, 2.
11. Fals, O. (1987). La investigación acción participativa: política y epistemología. En A. Camacho (Comp.). *La Colombia de hoy*. Cali: Cidse-Universidad del Valle, Fondo editorial Cerec.
12. Ferrer, M. (1959). *Estudio y evaluación de las escuelas radiofónicas rurales*. Bogotá D.C.: ACPO–Acción Cultural Popular.
13. Fox de Cardona, E. (1982). Situación y Política de Comunicación en Colombia: El caso de la prensa, la radio y la televisión. *Revista Cultura y Comunicación en América Latina*, No. 7.
14. Garay, J. (1999). *Construcción de una nueva sociedad*. Bogotá D.C.: Tercer Mundo.
15. Gómez, G. y Quintero, J. (2001). *Para entender la Radio Comunitaria Hoy*. (Mimeo). Bogotá D.C.: Ministerio de Comunicaciones con la Fundación Acción Cultural Popular-ACPO.
16. Guber, R. (1991). *El Salvaje Metropolitano*. Buenos Aires.
17. Hamelink, C. (1991). La comunicación social: tendencias clave de los años noventa. En *Informes Anuales de Fundesco, Comunicación Social: Tendencias*. Madrid.
18. Lazzo, G. (1992). Dile a los tuyos hermano negro: red de radios en el Litoral Pacífico. *Revista Probando* 1, 2, 3, *Red Colombiana de Radios Comunitarias–Recorra, Instituto Colombiano de Cultura– Colcultura*, 1.
19. Leal, F. (1999). *Los laberintos de la guerra*. Bogotá D.C.: Universidad de los Andes.
20. Mattelart, A. y Mattelart, M. (1986). *Pensar sobre los medios*. México: UAM Xochimilco.
21. Ocampo, J. (1972). *Las ideologías en la historia contemporánea de Colombia*. México: UNAM.
22. Palacios, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Bogotá D.C.: Editorial Norma.
23. Pasquali, A. (1970). *Comprender la Comunicación*. Caracas: Monte Avila Editores.
24. Pecáut, D. (1987). *Orden y Violencia*. Bogotá D.C.: Siglo XXI Editores.
25. Peppino, A. (1999). Red Colombiana de Radios Comunitarias–Recorra. *En la onda de la paz: IV Encuentro nacional de Radios Comunitarias*. Recorra, Ministerio de Cultura, Bogotá D.C.: Ministerio de Comunicaciones.
26. Sanín, J. (Comp.). (1997). *Nuevos movimientos políticos: Entre el ser y el des-encanto*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
27. Thompson, J. (1998). *Ideología y Cultura Moderna*. México: UAM.
28. Torres, A. (1997). Modernidad y nuevos sentidos de lo comunitario. *Revista Pedagogía y Saberes*.
29. Torres, C. y Corredor, B. (1961). Las escuelas radiofónicas de Sutatenza–Colombia. *Estudios Sociológicos Latinoamericanos, Serie Socio-económica*, 2.